

Reflexiones en torno al gobierno de Néstor Kirchner

ATILIO A. BORON
CLACSO / UBA
aaboron@clacso.edu.ar

En las páginas que siguen nos dedicaremos a examinar algunas cuestiones e interrogantes que suscita la gestión de gobierno del presidente Néstor Kirchner. Por razones de espacio el tratamiento de las mismas no puede sino ser breve. Por eso, el estilo adoptado por la argumentación asumirá primordialmente la forma del ensayo, un género ideal dadas las circunstancias que condicionan la producción de este trabajo. Género que, por otra parte, al liberarse de ciertos formalismos academicistas (muchas veces encubridores de una decepcionante ausencia de ideas) lo convierte en el vehículo más apropiado para la difusión de cierto tipo de elaboraciones encaminadas más a sugerir que a comprobar, más a interrogar que a responder, y animadas por un propósito no meramente contemplativo sino por una saludable pasión transformadora. Por supuesto, no aspiramos con este pequeño artículo a desentrañar todas las cuestiones que plantea la presidencia de Néstor Kirchner. Nos contentaremos, en cambio, con plantear tan sólo algunas preguntas que en el momento actual parecen de primordial importancia y a sugerir algunas breves respuestas.

I. Sobre la popularidad del presidente

Comencemos por preguntarnos acerca de los diversos orígenes de la sorprendentemente elevada popularidad presidencial. Hay varios factores que la explican. Primero, Kirchner es producto de una elección en donde la otra alternativa era Menem, la figura que mayor desaprobación pública tenía en todas las encuestas y que representaba, por eso mismo, un intolerable retorno al pasado. Con su segundo lugar en la primera vuelta electoral el presidente forzó la huida del ex-presidente y precipitó

su irreversible desaparición de la escena política, como quedó palmariamente demostrado en la decepcionante y magra convocatoria realizada por sus partidarios en la Federación de Box hace apenas unas pocas semanas atrás. Además, Kirchner capitalizó la indignación que produjo en amplios sectores de la sociedad argentina el sabotaje institucional practicado por el fugitivo ex-presidente al impedir la realización del “ballotage” que, según también todas las encuestas previas, hubiera arrojado como resultado una aplastante victoria del actual presidente. La sociedad fue privada de lo que una abrumadora mayoría deseaba: infligir una derrota definitiva al menemismo y tal despojo generó un torrente de simpatía hacia Kirchner cuyos efectos, si bien un tanto atenuados, se sienten todavía hoy.

En segundo lugar, hay que tener en cuenta que el ascenso de Kirchner —hasta hace un par de años una figura marginal en la política argentina— es incomprensible si se hace abstracción de las grandes movilizaciones populares que venían conmoviendo al país desde finales del menemismo, y que, en las jornadas del 19 y 20 de diciembre del 2001 llegaron a su clímax con la revuelta popular que produjo la caída del inepto e impopular gobierno de Fernando De la Rúa. Este acontecimiento puso en evidencia la gravedad de la fenomenal “crisis orgánica”, en sentido gramsciano, en que había caído la Argentina potenciada por el simultáneo, e igualmente catastrófico, derrumbe de la convertibilidad. Esta crisis, que devoró cuatro presidentes en poco más de una semana!, dejó profundas secuelas en la vida pública una de las cuales todavía sigue siendo la radical deslegitimación de la clase política tradicional. La expresión —inorgánica e improductiva políticamente pero aún así muy expresiva del estado de ánimo de grandes sectores de la sociedad argentina— fue la consigna “que se vayan todos,” mediante la cual se transmitía el repudio generalizado, pero a la vez impotente, de los gobernados en relación a los gobernantes. La gravedad de la situación explica los denodados esfuerzos del predecesor de Kirchner, el Presidente Eduardo Duhalde, por reconstituir el sistema de dominación, resucitar a los partidos políticos y restablecer de alguna manera el vínculo roto entre representantes y representados. Es preciso reconocer que, contra los pronósticos formulados en esos momentos, tan complicada empresa fue llevada a término de manera bastante exitosa. Kirchner, por su parte, tuvo a su favor el hecho de ser percibido como un componente muy marginal en esa tan repudiable y corrupta constelación

de poder, lo que también explica en parte sus altos niveles de aceptación pública. El haber sido el candidato “de descarte” del continuismo, una vez producida la defección del gobernador Carlos A. Reutemann y verificada la incapacidad de José M. De la Sota de darle vuelo a su candidatura, reforzó esta inverosímil imagen del *outsider* que tantos beneficios le otorgó al actual presidente ante los ojos de la opinión pública. Parafraseando a Maquiavelo uno podría decir que Kirchner llegó a la presidencia más por fortuna que por *virtú*, con todo lo que esto implica. No es que el actual presidente careciera de los atributos que el florentino consideraba esenciales en la *virtú*: la valentía, la perseverancia, el coraje amén de la inteligencia política. Pero es indudable que la fortuna —que según Maquiavelo gobierna la mitad de nuestras vidas, y sobre todo las vidas de los políticos— en esa ocasión jugó a su favor al sacar de la partida a Reutemann y De la Sota. Sería peligroso que en la Casa Rosada alguien pudiera pensar que la imprevisible y caprichosa fortuna obrará siempre de la misma manera.

Tercero, otra de las fuentes de la popularidad presidencial tiene que ver con lo que el historiador mexicano Daniel Cossío Villegas denominara “el estilo personal de gobernar”¹. A diferencia de muchos presidentes y jefes de Estado de América Latina y del resto del mundo Kirchner no rehúye al contacto directo, cara a cara, con la población. Su estilo personal es radicalmente plebeyo, desenfadado y alejado de todos los convencionalismos. Como presidente es sumamente informal, nada acartonado y detesta las mediaciones y barreras que el protocolo, o la seguridad, imponen a los mandatarios. En una “sociedad de frontera” como la argentina, en donde las jerarquías sociales son frágiles y tenues, y además muy mal vistas —a diferencia, por ejemplo, de la fuerte herencia clasista prevaleciente en países como Brasil o México— esta casi irresistible vocación presidencial por el contacto directo con las masas, y de la cual no está ausente una indisimulada inclinación populista, no puede sino generar una fuerte corriente de simpatías hacia su persona.

En cuarto y último lugar, hay que señalar que Kirchner ha capitalizado muy bien su enfrentamiento, por cierto hasta ahora más retórico que sustantivo, con los grandes monopolios, con las empresas privatizadas, con los opulentos burócratas del FMI y el Banco Mundial, con el gobierno norteamericano, con el por suerte ahora difunto gobierno de José M. Aznar y varios ministros del gobierno español y con los inversio-

¹ Véase la sugerente interpretación ofrecida en Cossío Villegas (1974).

nistas extranjeros, todo lo cual le granjeó las simpatías de la inmensa mayoría de la población que mayoritariamente detesta a —o al menos recela de— esos personajes ligados en mayor o menor medida al saqueo de la nación. Hay que recordar en este punto que las diversas encuestas sobre la imagen y las expectativas que los argentinos tienen de los Estados Unidos señalan inequívocamente el alto grado de animosidad de la población en relación a ese país, sus líderes y las instituciones estrechamente asociadas con ellos, como el FMI y el Banco Mundial, con lo cual las reiteradas arremetidas de Kirchner suscitan fuertes simpatías en amplios sectores sociales. Por otra parte, los furibundos ataques de la derecha argentina, tristemente célebre por su visceral intolerancia ante cualquier asomo de progresismo, por tímido que sea, le reportaron renovados apoyos. Por último hay que recordar que, en asuntos ajenos al duro terreno de la economía, la gestión de Kirchner no se detuvo en el plano retórico y se vio ratificada con hechos concretos y bien positivos, sobre todo en materia de derechos humanos, en la depuración de la Corte Suprema de Justicia y de los altos mandos de las Fuerzas Armadas, todo lo cual respondía a necesidades muy sentidas de la población².

En síntesis, hay varias razones que explican la sorprendente popularidad presidencial. Sorprendente porque, como veremos, en el terreno económico los satisfactores que ha ofrecido el gobierno, sobre todo a las grandes mayorías populares, han sido sumamente escasos y la “deuda social” de larga data que acumula la democracia argentina es de una gravedad y contundencia insoslayables³. Ante ello es conveniente preguntarse por cuánto tiempo podrá seguir gozando Kirchner de tan amplio respaldo popular. ¿Podrá lograrlo tan sólo apelando a su estilo de vinculación con la ciudadanía o al rechazo que produce la figura de

² Un sucinto pero cuidadoso balance del primer año y medio del kirchnerismo se encuentra en Gaveta (2004).

³ Una reciente recopilación sobre los veinte años de la democracia argentina, sus logros y sus frustraciones, se encuentra en la antología publicada por Novaro y Palermo (2004). Aunque la obra intenta llenar un sentido vacío en la literatura sobre el tema su aporte se resiente por la notoria ausencia de un pensamiento crítico radical sobre la diversidad de temas allí considerados. Esto hace que, por momentos y especialmente en algunos de sus capítulos, prevalezca una actitud complaciente que, ante una crisis tan grave como la que caracteriza a la Argentina contemporánea, adquiere características escandalosas. Algunos de sus autores parecen ignorar aquella frase del Dante en *La Divina Comedia* que advertía que el círculo más horrendo del infierno estaba reservado para quienes en tiempos de crisis moral habían optado por la neutralidad.

Menem? ¿Podrá sostenerse en el poder, y gobernar, sin construir una nueva correlación de fuerzas para lo cual tendrá que ofrecer a sus aliados algo más que gestos y palabras? Son estas las interrogantes que seguramente habrán de despejarse en un futuro relativamente cercano. Todo esto nos lleva a un segundo interrogante.

II. Continuidad o ruptura del neoliberalismo

Lamentablemente nada permite suponer que en la agenda gubernamental de Kirchner figure la ruptura con el neoliberalismo, prerequisite indispensable para poder gobernar bien —es decir, con eficacia y legitimidad popular— y para evitar que la democracia sea absorbida por la dinámica descuidada de los mercados. El principal artífice de su política económica, el ministro Roberto Lavagna, representa apenas una ligera variante dentro de las orientaciones neoliberales predominantes en el país desde hace más de diez años, y su designación tuvo lugar en el gobierno de Duhalde. Debe recordarse que durante el mismo la única iniciativa de política económica que se adoptó fue la de negociar incansablemente con el FMI haciendo caso omiso de abrumadoras recomendaciones en contrario, desde economistas ligados al establishment internacional como Joseph Stiglitz y Paul Krugman hasta todas las variantes del pensamiento crítico local y latinoamericano, que aconsejaban olvidarse del FMI y cambiar decididamente el rumbo de la economía argentina, cosa que no se hizo. Por eso no sorprende comprobar que los “ganadores” y los “perdedores” de las políticas económicas del kirchnerismo sean hoy los mismos que había durante el menemismo y el efímero gobierno de la Alianza. Entre los primeros sobresalen las empresas privatizadas que manejan bienes y servicios altamente rentables en el mercado internacional —como el petróleo, por ejemplo— hasta servicios no transables de diverso tipo ofrecidos puertas adentro en condiciones excepcionalmente favorables dada la desprotección que entre nosotros padecen usuarios y consumidores; los monopolios extranjeros; los sectores más concentrados del capital nacional (especialmente aquellos vinculados a las exportaciones agropecuarias) y la oligarquía financiera y rentista. Los “perdedores” del modelo también son los mismos: los trabajadores, las capas medias empobrecidas, y esa inmensa

masa que apropiadamente Frei Betto ha denominado “pobretariado” y que incluye a vastos conglomerados populares condenados al desempleo crónico, a la exclusión social y a la pobreza. Gente, en una palabra, para la cual el capitalismo no le ofrece la más mínima esperanza.

A pesar del notable cambio en la retórica oficial —cuya expresión más ardiente se verificara en la Reunión de Presidentes de las Américas, que tuvo lugar en Monterrey, México, hace poco menos de un año, y que provocara el asombro de George W. Bush ante un discurso como el de Kirchner que parecía brotar del Foro Social Mundial de Porto Alegre— el injusto patrón distributivo del ingreso establecido con las reformas neoliberales de los noventa se ha mantenido inalterado. Nada ha cambiado desde entonces. Un informe del INDEC aparecido en junio del corriente año señala que la Argentina tiene en la actualidad “la peor distribución del ingreso de los últimos treinta años”. Con base en los datos obtenidos a fines del año 2003 dicho organismo concluye que, a nivel nacional, el ingreso del decil más rico de la población es 31 veces superior al del decil más pobre. En el Área Metropolitana formada por la ciudad de Buenos Aires y los partidos del conurbano bonaerense dicha ratio llega a un escalofriante 50 a 1⁴. El agravamiento de la situación social se manifiesta también en las cifras del desempleo. Si ellas muestran una leve mejoría eso se debe a la inclusión en la categoría de “trabajadores ocupados” de las casi un millón setecientas mil personas que, en octubre del 2004, reciben un modesto subsidio de desempleo equivalente a unos cincuenta y cinco dólares mensuales. De no ser así, la desocupación proseguiría estacionada en los elevadísimos niveles alcanzados durante el apogeo del menemismo.

En síntesis: la postura de Kirchner es la de un duro negociador —al menos para los estándares latinoamericanos— con los agentes nacionales e internacionales del neoliberalismo y la de alguien a quien no le interesa hacer de la sumisión al imperialismo norteamericano su carta de identidad, como ocurriera con Menem y la infausta doctrina de las “relaciones carnales” que tantas desgracias y sufrimientos ocasionara en el país. Pero, en cualquier caso, su voluntad de trascender en los hechos las fronteras del neoliberalismo todavía está por verse. La eterna, compulsiva, negociación con el FMI demuestra que el gobierno argentino sigue dilapidando tiempo y recursos cuando todo el mundo sabe que en el FMI esta el pro-

⁴ Indec (2004).

blema y no la solución. El reciente documento elaborado por la Oficina de Evaluación Independiente del FMI y dado a conocer en junio de este año ahorra interminables discusiones pues ahí se señala, con total claridad, la gravísima responsabilidad que le cupo al FMI en el desencadenamiento y agravamiento de la crisis económica y financiera de la Argentina. De todos modos hay que decir que, pese a lo anterior, el gobierno conservó una cierta dignidad y rechazó, durante las tensas negociaciones, las exigencias absurdas y leoninas del FMI en relación al superávit fiscal, desoyendo sus consejos de “imitar lo que hizo Lula en Brasil” y comprometerse con un superávit del 4 o 4,5 por ciento del PBI. Sin embargo, la revelación de las cifras correspondientes al presupuesto del Estado nacional para el año 2005 muestran que, según se hagan las cuentas, se va a terminar pagando a los acreedores externos una proporción del PBI igual o aún mayor que la comprometida por el gobierno brasileño y que tantas declaraciones en contrario suscitara en el gobierno argentino. En resumen, el panorama económico del kirchnerismo exhibe las siguientes características: negociación dura con el FMI, pero persistencia práctica de las orientaciones generales del Consenso de Washington y cumplimiento de las obligaciones con los organismos multilaterales de crédito; ocasional indocilidad ante los mandatos de la Casa Blanca (desobedeciendo cuando le exige que condene a Cuba pero obedeciendo cuando le pide que, junto a Brasil y Chile, vaya a Haití a reprimir, o que continúe negociando con el Fondo) y, sobre todo, salida de la convertibilidad sin salir del neoliberalismo, que es el gran problema que tiene la Argentina.

III. La persistencia del “modelo”: Consenso de Washington sin convertibilidad

Como decíamos más arriba, Argentina salió de la convertibilidad pero no del neoliberalismo. Tal como ha sido demostrado en numerosos trabajos, los rasgos fundamentales del modelo económico implantado a sangre, fuego y corrupción en los noventa persisten hasta nuestros días. En esto coinciden tanto quienes lo alaban, percibiéndolo como la tardía pero impostergable reconciliación de la Argentina con la economía global, como sus más severos críticos, desde los Economistas de Izquierda hasta los autores del Plan Fénix, pasando por un amplio espectro de

posiciones intermedias. Tal como sentenciara desde las columnas de *La Nación* uno de los periodistas estelares del establishment neoliberal, Joaquín Morales Solá, la carta de intención firmada por el gobierno de Néstor Kirchner con el FMI en septiembre de 2003 “es el mejor (acuerdo) que se haya escrito en la última década”. Es el mejor, para la derecha, porque dicho documento se propone continuar con “las políticas macroeconómicas prudentes” —ítese a que su presunta prudencia condujo al país a la mayor crisis económica y social de su historia!— “combinadas con una ampliación y profundización de las reformas estructurales”, con lo cual no es necesario aguzar demasiado la vista para descubrir la preocupante vitalidad del viejo orden (Gambina y otros, 2004: 29)⁵. Inclusive, vale la pena citar aquí la minuciosa descripción ensayada por uno de los principales tomadores de decisiones en el momento más álgido de la crisis, Eduardo Amadeo, para comprobar hasta qué punto la fractura política y social de diciembre de 2001 no fue seguida por una radical reorientación del rumbo económico causante de la crisis en la que se encuentra sumida la Argentina⁶.

La pertinaz firmeza del neoliberalismo se verifica en el continuado predominio de las siguientes características:

(a) La valorización de la renta financiera como el eje fundamental de la política económica. La especulación financiera está oficialmente alentada, pues las ganancias que produce no generan obligaciones impositivas en la Argentina. Sigue siendo más rentable especular financieramente que producir bienes o servicios.

(b) La inmutabilidad de un patrón distributivo de ingresos y rentas extraordinariamente desigual y regresivo, resultante de las políticas del “neoliberalismo salvaje” implantadas en los años del menemismo.

⁵ La suicida continuidad del esquema económico es examinada también en Calcagno y Calcagno (2003) y en Arceo (2004), trabajos igualmente medulares que desmontan con rigurosidad la trama siniestra y las gravosas consecuencias del proyecto inaugurado en 1976 bajo la égida de Martínez de Hoz y llevado a término durante las dos presidencias de Carlos Saúl Menem.

⁶ En este sentido el texto de Eduardo Amadeo, una bien documentada memoria relativa a las arduas y dilatadas (amén de contraproducentes) negociaciones entre el gobierno de Duhalde y el FMI, demuestra fehacientemente, quizás contra la voluntad de su autor, la continuidad fundamental de las políticas económicas ensayadas en la Argentina desde comienzos de la década del noventa, con los resultados por todos conocidos (Amadeo, 2003). Desde un ángulo teórico completamente diferente la misma conclusión queda demostrada en la obra de Gambina y otros (2004); Calcagno y Calcagno (2003) y Gambina y Campione (2003).

(c) La vigencia de los parámetros macroeconómicos fundamentales instituidos durante los años noventa, como las privatizaciones, la desregulación y liberalización de los mercados, la apertura externa, la fragilidad del Estado y el gasto público; la deserción o inoperancia estatal; la dependencia de exportaciones con muy escaso valor agregado, como la soja o los hidrocarburos, etcétera.

(d) La continuidad de los equipos técnicos del área económica, que son casi sin excepción los mismos que vienen del anterior gobierno, y la constante aceptación del papel rector del FMI en las grandes decisiones de política económica, más allá de las ríspidas controversias que ocasionalmente se susciten con sus representantes.

Pese a lo anterior parece importante señalar que aún con las limitaciones ya señaladas hay en Kirchner una intención de discutir y cuestionar al neoliberalismo. A diferencia de la mayoría de los gobernantes de la región —como Ricardo Lagos, Vicente Fox en México, o el mismo Lula en Brasil, que parecen convencidos de las bondades de dicha doctrina— Kirchner detesta el Consenso de Washington. Cree que es una estafa, y a sus beneficiarios a veces los ha llamado “buitres” o “delincuentes”. Si lo acepta es como un mal menor o, tal vez, como resultado de lo que él percibe, erróneamente a nuestro entender, como una imposibilidad práctica de romper con su hegemonía. A diferencia de sus colegas, Kirchner proclama la necesidad de abandonar al neoliberalismo (su discurso en la Cumbre de Monterrey y frente a George W. Bush fue, en ese sentido, impecable) pero parece desconfiar de sus propias fuerzas para lograrlo. Siente que necesita el apoyo de Brasil para acometer tal empresa, pero para su desgracia el gobierno Lula se ha convertido en el nuevo bastión de la ortodoxia neoliberal en la región, siendo, al igual que Menem en el pasado, “más papista que el Papa” y por eso mismo objeto de toda clase de elogios por las usinas ideológicas internacionales del neoliberalismo. Entonces Kirchner parece concluir que la Argentina no puede librar tamaña batalla en soledad. Esperando pacientemente un eventual cambio de rumbo del gobierno brasileño, cuyo Presidente lo apoyó con firmeza durante la campaña electoral y a lo largo de su primer año de gobierno, Kirchner se ha limitado a adoptar muy pocas iniciativas heterodoxas en el terreno económico y a cultivar, al mismo tiempo, una ácida retórica condenatoria del neoliberalismo y el Consenso de Washington. Es obvio que una tal esquizofrenia es de corto alcan-

ce, y que más pronto que tarde las cosas habrán de definirse para uno u otro lado.

Algunas de estas ambivalencias adquirieron particular notoriedad en los últimos tiempos. Ante el colapso de Correos Argentinos, la empresa privatizada sucesora de la estatal Correos del Estado, la actitud del gobierno de Kirchner ha sido la de una asombrosa “re-estatización” pero ... ¡por un plazo de seis meses! Ante el fraude y la decepción generada por el desempeño de las empresas privatizadas, que llegó a un punto insostenible en el caso de los correos, el gobierno opta por una perversa y, a la postre, suicida parálisis decisional y demuestra no tener la osadía necesaria como para revisar radicalmente lo que a gritos exige una rectificación. En el caso de ENARSA, la empresa estatal supuestamente encargada de monitorear la producción de petróleo y gas en tierra firme y de asumir actividades productivas *off-shore*, el gobierno mostró una vez más sus conocidas vacilaciones en la materia. Concebida primero como una empresa estatal terminó siendo, gracias a las sucesivas enmiendas que el Congreso efectuara —por cierto que de común acuerdo con el Ejecutivo— una suerte de sociedad mixta en donde se abren las puertas para la participación de la iniciativa privada. Y ya sabemos cómo termina esta historia, no hay nada nuevo en todo esto. Estos dos casos, y podríamos sumar muchos más, plantean con singular crudeza los límites actuales del kirchnerismo. Límites que, dicho sea al pasar, parecen pasar desapercibidos para un importante sector de la izquierda “bien pensante” de la Argentina, la misma que antes apoyó sin reservas al alfonsinismo, luego al “chachismo” y, finalmente, en la actualidad, hace lo mismo con Kirchner. ¿Volverá a rasgarse sus vestiduras como producto de una nueva —¿e inesperada? ¿Frustración?

IV. Los desafíos de la globalización neoliberal. Sobre el Área de Libre Comercio de las Américas y el eventual tratado Mercosur-Unión Europea

Brevemente, porque este es un tema que requeriría un tratamiento muy pormenorizado pero que no podíamos dejar ausente, digamos que las consecuencias de la implantación del ALCA serían catastróficas para la Argentina. Y que, pese al discurso oficial, la Argentina de Kirchner no

está negociando adecuadamente este escabroso tema. El impacto negativo que tendría el ALCA sobre las economías de la región es bien conocido, y está en relación directa con su grado de industrialización y diversificación estructural. Por eso, dada la complejidad y volumen de su economía, para la Argentina —y en mayor medida aún para el Brasil!— la implantación del ALCA significaría un retroceso fenomenal y arrojar definitivamente por la borda un proyecto industrial acosado y combatido por más de medio siglo pero que aún sobrevive, si bien precariamente. Para el Brasil, nuestro socio principal dentro y fuera del Mercosur, esto significaría lisa y llanamente liquidar lo que muchos expertos señalan como una de las tentativas industrializadoras más logradas entre los países de la periferia, fuertemente competitiva en sectores claves como la informática, la aeronáutica comercial y la automotriz, entre otros. Para países más pequeños, con economías menos diversificadas y con una escasa base industrial, como Paraguay, Ecuador o Uruguay, las consecuencias siendo negativas serían de todos modos menos gravosas en lo que hace a su desempeño económico.

De todos modos, tanto en uno como en otro caso el ALCA significa la práctica liquidación de cualquier resto de autodeterminación y soberanía nacional⁷. Por eso el proyecto del tratado ha sido discutido prácticamente en secreto, y si ahora la situación se ha abierto un poco fue debido a la acción de algunas ONGs que presionaron muy fuertemente para darle estado público a negociaciones que hasta entonces habían sido llevadas a cabo en el mayor de los secretos. Por supuesto, la liquidación de la soberanía nacional es un tema de la mayor importancia. Oponernos a la misma no significa resucitar un anacrónico nacionalismo económico, autarquizante y aislacionista, incompatible con la fase actual del desarrollo capitalista. Quiere decir, en cambio, que es fundamental para darle viabilidad a una democracia —aun a un modelo democrático tan imperfecto y limitado como el que admite una sociedad capitalista— que la soberanía popular y el protagonismo del *demos* tenga alguna consecuencia en el terreno de la economía. Si los intereses, las opiniones y

⁷ La literatura sobre el ALCA, y sus desfavorables consecuencias para los países de América Latina, así como la que se dedica al estudio de los diferentes esquemas de integración dependiente de la periferia, ha crecido enormemente en los últimos años. Véase, sobre el particular los siguientes trabajos recogidos en el número monográfico del OSAL: Arceo (2002); Boron (2003); Bello (2003); Martínez (2003) y De la Cueva (2003).

las preferencias de la ciudadanía no logran expresión en el terreno duro de la economía no habrá que esperar mucho tiempo para que el proceso de deslegitimación democrática, el temido “desencanto” democrático, llegue a umbrales que nos sitúen a riesgo de tener que enfrentar la aparición de un despotismo de nuevo tipo. Producto no tanto de las críticas y ataques “externos” al débil capitalismo democrático —principalmente el militarismo— sino sobre todo de su propia putrefacción interior. Por eso es intolerable que la soberanía popular sea sacrificada en el altar de la soberanía pretendidamente inexpugnable de los mercados. Y el ALCA consagra precisamente un proceso tan perverso como éste: no sólo tendría muy negativas consecuencias sobre el funcionamiento general de la economía sino que propinaría un golpe mortal a la sustentabilidad de los magros avances democráticos obtenidos con tantos sacrificios en las últimas décadas.

En el caso del acuerdo en vías de negociación entre el Mercosur y la Unión Europea la situación es muy similar. La razón: la filosofía política que inspira ambos tratados es la misma. Es el neoliberalismo, que consagra la primacía de los mercados sobre las naciones, de la economía sobre la política, del lucro sobre la vida. Sorprendentemente, dichas negociaciones no han levantado la polvareda que ocasionan las del ALCA. En parte porque se supone, erróneamente, que el capitalismo europeo tiene un “rostro humano”, lo que constituye un flagrante error. Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que en muchos sentidos el acuerdo en ciernes contiene puntos más censurables que el que se está discutiendo con la Casa Blanca. Por ejemplo, es inadmisibile que un tratado firmado con una potencia extranjera contenga cláusulas como la que proponen los “demócratas” europeos, que de ser aceptadas impedirían la “re-estatización” de las empresas privatizadas. De hecho, a lo largo del siglo veinte los europeos “re-estatizaron” muchas empresas, en todos los países, luego de la Segunda Guerra Mundial y no se entiende por qué razones ahora pretenden impedir que otros gobiernos revisen decisiones que la experiencia práctica ha demostrado estaban equivocadas. No creo que los europeos hubieran jamás aceptado una cláusula como esa, no sólo en un tratado con países de la periferia sino que ni siquiera con uno que hubieran tenido que firmar con los Estados Unidos. Por eso es que el acuerdo en ciernes entre el Mercosur y la Unión Europea es tan negativo como el ALCA, sólo que está siendo negociado sin las estridencias de

éste y sin que la sociedad esté siquiera mínimamente informada sobre el tema.

Para concluir, no parece que a estas alturas de la historia alguien pueda sostener que las burguesías europeas sean más democráticas o estén más preocupadas por la justicia social o los derechos humanos que sus contrapartes en los Estados Unidos o Japón. Son igualmente rapaces y predatorias, y si vemos la experiencia de las privatizadas en la Argentina las lecciones que podemos extraer son de una contundencia tal que ahorran mayores argumentaciones. Debemos tener presente que aun la Europa “socialdemócrata” está tan identificada con el imperialismo y el neoliberalismo como la derecha norteamericana. Para muestra basta con analizar la deplorable conducta de Tony Blair y la famosa “tercera vía” del *New Labour* en el Reino Unido, que avanzó sobre los servicios de salud y la educación hasta un punto que el mismo líder conservador John Major no se había atrevido a traspasar. Lo que ocurre es que en el caso del ALCA, a diferencia del tratado con la UE, la integración de nuestros países en dicho acuerdo traería aparejada no sólo nuestra total subordinación económica a los Estados Unidos sino también el sometimiento político directo a Washington, que en el caso de la Unión Europea sería prácticamente imposible de lograr.

¿Puede el gobierno de Kirchner hacer algo para cambiar el rumbo de estas negociaciones? Claro que sí. Dispone en sus manos de un arma sumamente eficaz. Puede, es más, debería, para honrar sus credenciales democráticas, someter decisiones tan trascendentales como éstas, que comprometerán a sucesivas generaciones de argentinos, a un referéndum vinculante. El gobierno, en realidad, ningún gobierno, puede arrogarse la autoridad de decidir asuntos como éstos por sí solo, máxime si se tiene en cuenta el profundo desprestigio que caracterizan a ambas cámaras del Congreso, sospechadas por buenas razones de ser un santuario de la corrupción y permanente motivo de escándalo público. Adoptar una decisión de este tipo atendiendo al juego de presiones empresariales y opiniones de los tecnócratas, sobre todo economistas, cuidadosamente “socializados” en la ideología dominante, puede generar una oleada de descontento que termine por erosionar muy seriamente la legitimidad presidencial y frustrar su proyecto político. Un referéndum popular como el que se practicara en el Uruguay le permitiría, en cambio, negociar en mejores condiciones porque si la ciudadanía es adecua-

damente informada votará abrumadoramente en contra de estos leoninos tratados. Y Kirchner verá ampliamente acrecentados sus márgenes de maniobra frente a norteamericanos y europeos, pudiendo desechar con elegancia tan nefastas iniciativas.

V. Sobre caceroles, asambleístas y piqueteros

La dinámica social y política impuesta por piqueteros y caceroles hacia finales del año 2001 es un factor imprescindible para comprender tanto la crisis final de la convertibilidad como el derrumbe del gobierno de De la Rúa y el curso posterior de nuestra historia. Tal como decíamos más arriba, Kirchner no se comprende al margen de todo eso. Sin embargo, vemos que a partir de la astuta recomposición de la estructura de dominación materializada durante la gestión presidencial de Eduardo Duhalde, el itinerario seguido por estos complejos y multiformes movimientos sociales fue muy diferente. Su explosiva combinación en el tiempo reflejó una situación especial y, por lo tanto, momentánea, que desencadenó una crisis política de excepcional importancia pero que venía gestándose desde bastante tiempo antes. Los sectores “caceroles,” cuya composición predominante era de capas medias, fueron movilizados por un conjunto de circunstancias: el “corralito” y el consiguiente bloqueo y posterior despojo de sus depósitos bancarios en dólares y en pesos; la sensación de derrumbe generada por el desgobierno de la Alianza en los meses finales de su gestión, sobre todo al desvanecerse los espejismos maliciosamente pergeñados por Domingo F. Cavallo; su hartazgo ante la provocación autoritaria del Presidente De la Rúa, sobre todo en su último discurso la noche del 19 de diciembre, y la irritación que, en un cuadro de profunda crisis económica y social, producía la desvergonzada corrupción generalizada que diezmó la legitimidad de la dirigencia política tanto oficialista como opositora.

Esas condiciones fueron desapareciendo, aunque con temporalidades diferentes. El trabajoso desmontaje del “corralito” bancario, que si bien no satisfizo plenamente a sus víctimas más indefensas por lo menos redujo en algo sus pérdidas. También contribuyó el cambio en el clima de opinión —convenientemente auspiciado y manufacturado por los

medios— generado por el ingreso a la Casa Rosada de Eduardo Duhalde. Este fue presentado ante la sociedad como un avezado “piloto de tormentas” y como alguien que, pese a sus importantísimas funciones durante la década de los noventas, era del todo ajeno al desastre integral que se había abatido sobre la Argentina. Más bien, la imagen construida fue la de un dirigente de intachables antecedentes y dispuesto a sacrificar todo su capital político en aras de la normalización institucional. Ayudó también a desactivar la protesta clase-mediera la vocación supuestamente “dialoguista” del nuevo presidente y su flexibilidad táctica, puesta de manifiesto en el anticipado llamado a elecciones presidenciales luego de la masacre de Puente Avellaneda y, por último, las (ilusorias) perspectivas de que la normalización institucional traería consigo la tan largamente esperada depuración de la dirigencia política. Lo cierto es que con el paso del tiempo las protestas y los cacerolazos fueron languideciendo hasta desaparecer casi sin dejar rastros.

Un caso especial lo constituye el fenómeno del asambleísmo, que no debe ser asimilado al cacerolismo. En aquél la gravitación de la cuestión económica fue mucho menor. Si ya de por sí constituye un error la explicación reduccionista que asegura que los caceroleros ganaron la calle movilizadas exclusivamente por el despojo económico a que habían sido sometidos, cuando en realidad hubo una suma de circunstancias que se combinaron para producir su fulminante aparición en la escena política, tal error sería aún mayor en el caso del movimiento asambleístico. Este, sin duda, está asociado al anterior, pero en su caso la presencia de motivaciones políticas e ideológicas muy profundamente sentidas en ciertos segmentos de los sectores medios jugó un papel mucho más importante. Esto explica, al menos en parte, las razones por las cuales el asambleísmo fue un fenómeno exclusivamente porteño. Hubo cacerolazos en algunas ciudades del interior del país, si bien en ningún caso adquirieron la gravitación que tuvieron en Buenos Aires. El piqueterismo, en cambio, es el único que adquirió dimensiones nacionales. El asambleísmo, en cambio, fue un producto local, propio de la ciudad de Buenos Aires y, hasta podría decirse, de algunos barrios de la misma. No tuvo la misma densidad al sur de la avenida Rivadavia que en las áreas que conforman el cinturón “progresista” de la ciudad, localizados en la zona norte del trazado urbano. Un componente fundamental en la dinámica inicial que tuvieron las asambleas fue la reivindicación de la consigna

“que se vayan todos”, que si bien fue también vocingleramente expresada por los caceroleros frente a los bancos fue en las asambleas donde aquella se constituyó prácticamente en una decisiva señal de identidad. Esta convocatoria se anudaba con otras reivindicaciones de raigambre democrática: una exhortación a desarrollar la democracia directa, sorteando los escollos, las distorsiones y la corrupción que imponía el sistema representativo; y una exaltación, desorbitada a todas luces, de la “horizontalidad” como el principio fundante del protagonismo movimientista. No es este el lugar para analizar las razones del agotamiento de este experimento. Digamos, eso sí, que suponer que este sobrevino por la acción mortificante y desmovilizadora de los partidos políticos es una explicación poco convincente. La hipótesis maniquea que exalta la pureza política y organizativa de los movimientos a la vez que condena irremisiblemente al burocratismo y la “vieja forma de hacer política” de los partidos no resiste un análisis serio de la cuestión. De todos modos, pese a su agotamiento el asambleísmo ha sido un fenómeno que ha dejado muchas enseñanzas. Lo cierto es que menos de un año después de las grandes jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 este ha quedado reducido a proporciones mínimas. De todos modos sería injusto obviar que algunos de sus principios y ciertos aspectos de su metodología de trabajo han sido incorporados por algunos sectores radicalizados, aunque minoritarios, del movimiento piquetero.

En cuanto a la situación de los piqueteros es obvio que también en este terreno nos hallamos ante un período de reflujo, luego de las grandes jornadas de diciembre de 2001. Persisten todavía a lo ancho y a lo largo del país muchos focos de protesta y movilización, pero lo que caracteriza hoy al piqueterismo es la profunda fragmentación del movimiento, lo que hace que sus unidades componentes sean débiles y carentes de eficacia política. Las altas tasas de desempleo y los estragos de una pobreza que ya se ha transformado en un rasgo estructural de la Argentina neoliberal tornan sumamente vulnerables estas frágiles organizaciones populares, fácilmente atraídas, si bien no en todos los casos, por las políticas asistencialistas del gobierno que calan muy hondo en un universo popular marcado a fuego por la pobreza y la indigencia, y que pocas veces puede darse el lujo de despreciar la ayuda oficial a pesar de las sospechas de clientelismo que ésta suscita. No sorprende, por lo tanto, que estas políticas hayan tenido un relativo éxito en co-optar una

parte de la dirigencia de algunos movimientos piqueteros y convertirlos en altos funcionarios oficiales; o del éxito tenido en integrar al oficialismo a algunas organizaciones (como la Federación de Tierra y Vivienda, Barrios de Pie y varias otras) que se convirtieron en ardientes defensores del kirchnerismo. Varios factores dan cuenta de la declinación del impulso piquetero a lo largo del corriente año: en primer lugar corresponde señalar la efectividad, mínima pero no por ello irrelevante, de las políticas asistencialistas en la desmovilización de sectores otrora combativos e intransigentes. En este sentido, el papel disciplinador de la pobreza y el desempleo conserva la eficacia que los grandes teóricos de la derecha siempre supieron apreciar tan bien. En segundo lugar, la pendiente negativa del piqueterismo es a su vez también resultado de su aparentemente incontenible fragmentación, rasgo este que está lejos de ser idiosincrásico de las organizaciones piqueteras dado que caracteriza al conjunto de los partidos y movimientos de la Argentina, tanto de derecha como de izquierda y de centro. Su división las ha debilitado en grado extremo, y pagan un alto precio político a causa de ello. Tercero, el progresivo aislamiento social y político en que cayeron las organizaciones piqueteras debido a la disolución de su transitoria alianza forjada con los sectores medios al calor de la crisis de diciembre de 2001. Cuarto, debido a la insistencia en la utilización indiscriminada de una táctica de lucha, el corte de calles o rutas, que con el paso del tiempo ha terminado por generar reacciones negativas entre sus aliados y en amplios sectores de la sociedad contribuyendo de ese modo a debilitar la legitimidad y la eficacia de las organizaciones piqueteras.

Pese a la declinación del impulso piquetero es innegable que la Argentina se está internando en una zona de fuertes turbulencias y en donde no sería aventurado pronosticar que las luchas sociales se agravarán considerablemente en los meses venideros, sobre todo si se tiene en cuenta que 2005 es un año electoral. El gobierno de Kirchner se enfrenta así ante un grave dilema: si continúa con el rumbo neoliberal de su política económica la radicalización de las protestas de las capas populares casi con seguridad habrá de desbordar los frágiles cauces institucionales aún en funcionamiento. Y si el gobierno llegara a propiciar un cambio en una dirección "post-neoliberal," cosa poco probable pero que no habría que descartar del todo habida cuenta de la precariedad de la situación, la derecha argentina y sus aliados imperiales tienen prepara-

dos sus tradicionales arsenales de combate para frustrar dicha tentativa por cualquier medio. En cualquiera de los dos escenarios, en consecuencia, la Argentina vería agudizarse la lucha de clases y la pugna distributiva.

Una última reflexión y una pregunta final: ante el agotamiento del neoliberalismo la Argentina, como toda nuestra región, se aproxima a “la hora de los hornos”. Cada país enfrentará esta coyuntura con las armas que la memoria y los aprendizajes obtenidos de pasadas luchas y la capacidad actual de organización de sus fuerzas populares y de izquierda sean capaces de ofrecerle. En el caso de la Argentina responder exitosamente a este nuevo desafío requiere resolver, por el lado positivo, una de las grandes paradojas políticas que han postergado nuestro desarrollo social y político: la coexistencia de una formidable capacidad de protesta y movilización popular, ratificadas una y otra vez por nuestro pueblo a lo largo de la historia, pero infelizmente combinada con una abismal ineptitud de la dirigencia social y política a la hora de crear las grandes coaliciones unitarias, democráticas, abiertas y plurales requeridas para canalizar esa enorme energía social que estalla en múltiples protestas y movilizaciones en una dirección apropiada y políticamente productiva. ¿Podremos en esta coyuntura romper con ese círculo vicioso?

Bibliografía

- Amadeo, Eduardo (2003). *La salida del abismo. La memoria política de la negociación entre Duhalde y el FMI*, Buenos Aires, Planeta.
- Arceo, Enrique (2002). *ALCA Neoliberalismo y nuevo pacto colonial*, Buenos Aires, CTA.
- Arceo, Enrique (2004). “La crisis del modelo neoliberal en la Argentina.I”, en *Realidad Económica*, N° 206.
- Bello, Walden (2003). “El significado de Cancún”, en *Observatorio Social de América Latina/ OSAL*, CLACSO, N° 11.
- Boron, Atilio A. (1999). “Pensamiento único y resignación política: los límites de una falsa coartada”, en Boron, Atilio A., Julio Gambina y Naúm Minsburg (comps.) *Tiempos violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*, Buenos Aires, Clacso-EUDEBA.
- Boron, Atilio A. (2002). *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

- Boron, Atilio A. (2003). "El ALCA y la culminación de un proyecto imperial", en *Observatorio Social de América Latina/OSAL*, CLACSO, N° 11.
- Calcagno, Alfredo Eric y Eric Calcagno (2003). *Argentina, derrumbe neoliberal y proyecto nacional*, Buenos Aires, Le Monde Diplomatique.
- CELS (2003). *El Estado frente a la protesta social, 1996-2002*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Cossío Villegas, Daniel (1974). *El estilo personal de gobernar*, México, J Mortiz.
- De la Cueva, Héctor (2003). "La batalla de Cancún: balance de una victoria", en *Observatorio Social de América Latina/OSAL*, CLACSO, N° 11.
- Feijóo, Cristina y Lucio Salas Oroño (2002). "Las asambleas y el movimiento social", en *¿Qué son las asambleas populares?*, Buenos Aires, Peña Lillo/Ediciones Continente.
- Gambina, Julio y Daniel Campione (2003). *Los años de Menem. Cirujía mayor*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación.
- Gambina, Julio; Alfredo T. García, Mariano Borzel y Agustín Crivelli (2004). "Liberalización de la economía argentina: érupción o continuidad?", en *Periferias*, N° 12.
- Gaveta, Carlos (2004). "El truco de Vittorio Gassman", en *Le Monde Diplomatique*, Buenos Aires, Año VI, N° 65.
- INDEC (2004). *Informe sobre la distribución de la riqueza en Argentina*, Junio, <http://www.derhumanos.com.ar/indec.htm>.
- Iñigo Carrera, Nicolás y María Celia Cotarelo (2003) "La insurrección espontánea. Argentina, diciembre 2001. Descripción, periodización, conceptualización", en *PIMSA*, Buenos Aires, Año VII, N° 7.
- Martínez, Osvaldo (2003). "ALCA: el convite de la Roma Americana", en *Observatorio Social de América Latina/OSAL*, CLACSO, N° 11.
- Novaro, Marcos y Vicente Palermo (2004). *La historia reciente. Argentina en democracia*, Buenos Aires, EDHASA Argentina.
- Svampa, Maristella y Claudio Pandolfi (2004). "Las vías de la criminalización de la protesta en Argentina", en *Observatorio Social de América Latina/OSAL*, CLACSO, N° 14.
- Svampa, Maristella y Sebastián Pereyra (2003). *Entre la ruta y el barrio*, Buenos Aires, Biblos.
- Zibechi, Raúl (2003). *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento*, La Plata, Letra Libre.